

POESÍAS HUMORÍSTICAS

## SUEÑOS DE SUEÑOS

---

Vine á verte, y dormías;  
y dormías tan muda y mansamente,  
que una rosa cerrada parecías.

---

Era la siesta.—La morisca fuente,  
sola en el patio, conturbaba apenas  
la quietud de las anchas galerías,  
de fresca sombra y de silencio llenas.  
Las aves en sus jaulas; el ambiente  
embargado entre opacas celosías;  
el perro fiel y el gato negligente  
reposaban también...—Calma y pereza  
era todo en redor...—¡Tan sólo el vuelo  
del zumbador insecto recordaba  
que el sol, en tanto, vívido lanzaba  
mares de lumbre desde el alto cielo!

---

He dicho que dormías;  
y dormías tan muda y mansamente,  
que una rosa cerrada parecías.

---

Dormías..., y, aunque amante desdeñado,  
próximo alguna vez á aborrecerte,

te admiré en aquel sueño sosegado...  
 ¡sin desear que fuera el de la muerte!  
 Quizás más bien compadecí tu suerte,  
 y perdón te pedí de mis antojos...  
 —«¿Por qué (dije), por qué tan perseguida?  
 «¿Culpa es acaso de su mansa vida  
 »inspirarme este amor que le da enojos?  
 »¿Obra fué de sus ojos,  
 »ó de los míos, mi fatal herida?  
 »—¡Obra mía no más! Yo soy el reo...  
 »Ella baja la vista por no verme...  
 »y hasta vuelve la cara, si la veo...  
 »—¡Duerme, pues, duerme; pobrecita, duerme...!  
 »que, diga lo que quiera mi deseo,  
 »obligación no tienes de quererme.»

En esto un aye leve y fugitivo  
 lanzaste al modo de suspiro tierno,  
 y parecióme que tu pecho esquivo,  
 cándido y frío como helado invierno,  
 se entreabría al cariñoso rayo  
 que en ti fijaban mis amantes ojos,  
 como su cáliz de matices rojos  
 entreabre una rosa al sol de Mayo.

Lo que quiere decir que, aunque dormías,  
 dormías tan turbada y tiernamente,  
 que una rosa entreabierto parecías.

¿Qué soñabas?—¡Lo vil... De mis pesares  
 al cabo condolida,  
 imaginabas de pasión y gloria

la que te ofrezco venturosa vida.  
 Suspensa, enternecida,  
 amorosa... (perdóname), soñabas  
 estar en brazos del amor prendida...  
 y de temor y gratitud llorabas,  
 y mi nombre, gimiendo, pronunciabas.  
 —¡Ay! Aquel dulce generoso llanto  
 cayó en mi corazón como el rocío  
 sobre el árida arena del desierto...  
 ¡Nunca te he amado tanto!  
 ¡Yo por aquellas lágrimas, bien mío,  
 mil veces con placer hubiera muerto!  
 —Por poco te despierto.

Perdónale este agravio  
 á tu propia locura,  
 y perdóname á mí, si tal ventura  
 se atreve á pronunciar trémulo el labio...  
 Pero lo vi... Mi espíritu sin calma  
 era ya de tu espíritu un reflejo...  
 Toda tu alma se copió en mi alma,  
 como desnuda ninfa en claro espejo.—  
 ¡Oh, sí! Tu pecho ardía  
 en este amor que siempre desdeñaste...  
 Me nombrabas..., llorabas..., eras mía...,  
 ¡y lisonjero ensueño te fingía  
 las dichas que despierta me negaste!...  
 —¡Burla fué del destino  
 aquel falso espectáculo halagüeño!...—  
 ¡Yo sé que todo sueño es desatino,  
 y el tuyo no pasó de ser un sueño!...

Pero ello es que dormías  
y dormías tan dulce y blandamente,  
que ya una rosa abierta parecías.

La monótona fuente,  
única voz de la callada siesta,  
murmurando seguía  
su cántiga modesta,  
y, del toldo á la sombra,  
con mil líquidas perlas recamaba  
del verde césped la mullida alfombra.

Retratarte olvidaba.—  
Sobre un sofá dormías: una mano,  
suave apoyo á tu cabeza daba,  
y el otro brazo lánguido colgaba,  
envidia siendo del cincel pagano.—  
—Vestías una bata de verano.—

Sobre tu frente pálida y serena  
la aureola de oro  
de un ángel tu cabello parecía:  
tus mejillas de rosa y azucena  
aún ostentaban del reciente lloro  
dos perlas que la aurora envidiaría,  
y el cándido tesoro  
de tu inocencia púdica, que, aleve,  
indiscreto cendal diera al olvido,  
como palomas que el amor conmueve,  
palpitaba al compás incierto y breve  
de tu dichoso corazón dormido.  
Tus puros labios, de caricias nido;  
tus dientes, gotas limpiadas de hielo;

tu lindo pie, saltando inadvertido  
el árabe chapín de terciopelo,  
todo era bello y tentador..., y todo  
me enajenó de modo....  
que hubiera dado por tu amor la vida,  
aun no siendo mi vida tan cuitada...  
—¡Ay! ¡Tú, prenda adorada,  
no te has visto dormida!

¡Nunca tan hechicera  
me pareció tu angélica hermosura!  
¡Nunca tan noble y celestial!... Y era  
que el amor le prestaba su dulzura...;  
¡era que amabas por la vez primera!—  
¡Oh, tú me amabas, sí! Tardes serenas  
de soledad conmigo te fingías:  
noches de encanto y de misterio llenas,  
y allá lejanos, bonancibles días,  
en que contarnos las pasadas penas.

Libres éramos ya como las aves,  
libres como los céfiros suaves,  
como las amapolas en los trigos,  
y ni parientes, ni tutores graves  
eran fieros testigos,  
de vuestras expansiones enemigos.  
Ya podíamos vernos

en mis pupilas tú, yo en tus pupilas,  
y ahogar suspiros con suspiros tiernos,  
y luego en dulces pláticas tranquilas  
pasar instantes de ilusión eternos.  
Y ya eran frutos las primeras flores;  
ó bien de nuestro amor nuevos cariños  
brotaban cual capullos seductores:

ó, por mejor decir, nuestros amores  
se convertían en alegres niños...

---

Y á todo esto dormías;  
y dormías tan quieta y hondamente,  
que una rosa marchita parecías.

---

Tal soñaste....: y, en tanto,  
la tarde desliziéndose había ido  
por la triste pendiente  
de la sombra, el silencio y el olvido.  
Y su velo tupido  
tendía ya la noche; y el ambiente  
agitaba sus alas bienhechoras...,  
mientras que murmuraba más sonoras  
sus quejas melancólicas la fuente.—

---

Entonces desperté... *Ya era de día.*—  
Tu sueño recordé...—Mas ¿dónde estabas?  
¿Dónde, mi bien, que ya no te veía?...  
—¡Ay, desdichado! *¡Yo era el que dormía,  
y yo era el que soñaba que soñabas!*

## AYER Y HOY

---

EN EL ÁLBUM DE LA CONDESA DE FUENRUEBIA  
HIJA DEL MARQUÉS DE BENALÚA DE GUADIK

¿Á quién le pides versos? ¿Al tímido poeta  
que, de sus quince abriles en el risueño albor,  
al pie del alta cima del cándido Veleta,  
feliz cuanto ignorado, cantó el primer amor,

ó al vate cortesano, político incipiente,  
señor de una rüina que fué su corazón,  
que, en baile aristocrático, ceremoniosamente,  
bailó, gentil Condesa, contigo un rigodón?

¿Á quién le pides versos? ¿Á aquel rústico niño  
que, en pastoril zampona, temblando de inquietud,  
cantó el cielo, y las flores, y el maternal cariño,  
y de la edad pasada la clásica virtud,

ó al grave publicista que baila y filosofa,  
vestido de etiqueta como un simple mortal;  
que del dolor se olvida y del placer se mofa,  
y estudia en los amores problemas de moral?—

Si es al campestre bardo, sabrás que á la otra orilla  
del río que el pie besa de su ciudad natal,  
reclínase indolente tu solariega villa,  
nombrada hoy *Benalúa*, y enantes *Ben-al-guad*.

(Quien dice «*Benalúa*, ha dicho «*Hija del Río*»;  
pues *río* es *GUAD* en árabe; *el, AL*, é *hija*, *BEN*.  
—No olvides este dato, descubrimiento mío,  
y aclámame académico, si te parece bien.)

Decíate, señora (ó bien decir quería),  
que, en los hermosos años de mi pasado abril,  
soñaba ya contigo mi joven fantasía  
en las amenas márgenes del plácido *Guadix*.

En tanto que allí humilde la multitud villana  
me hablaba de su ausente, magnífico señor,  
forjaba yo á mi antojo la bella castellana  
que aquí compartiría su nombre y su esplendor.

*Consorte ó fija* suya, quién fueses ignoraba;  
mas ser y forma y nombre en mi ilusión te dí.  
Feudo al señor la villa solícita pagaba...  
¡Yo en mis canciones feudo te tributaba á tí!

Y en tí, sin conocerte, la espléndida poesía  
cifrabá de la Corte mi ardiente inspiración,  
y todas las novelas y cuentos que leía,  
en tí los encarnaban mis sueños de ambición.

Y tú para mí fuiste la altiva castellana  
cantada por Zorrilla, Walter Scott y Ossian;  
la reina, la cautiva, la monja, la sultana...;  
¡y yo me entristecía de no ser... ni sultán!—

¡Oh!... ¡si en aquellos tiempos, gentil señora mía,  
mostrado te me hubieras en tu feudal mansión,  
y oír de mis cantares la tierna melodía  
hubieras deseado, al pie de tu balcón!...

¡Oh Dios! ¡Qué trova entonces mi lira diera al viento!  
¡Cuán dulce y regalado sonara mi laúd!  
¡Qué versos te diría!...—Mas hoy (mucho lo siento)  
*recuerdo* en triste prosa mi ausente juventud.

Hoy soy un cortesano, político incipiente,  
que casi se avergüenza del joven en cuestión...  
¡Hoy... con la sombra aquella que imaginó mi mente  
me he visto mano á mano bailando un rigodón!—

No esperes, pues, señora, suavísimos cantares  
del arpa arrinconada de un trovador de frac:  
espera, sí, requiebros y flores á millares...,  
en cuanto lo permita *la buena sociedad*.—

Tú eres hermosa y pura, discreta y elegante,  
y afable, y distinguida, y atenta, y *comm'il faut*,  
y el ideal realizas de la ilusión brillante  
que en los paternos bosques mi alma idolatró.

Sí, sí; tú eres, cual fuiste para el poeta un día,  
la musa, la sultana, la náyade, la hurí...—  
¡Yo soy el desdichado! ¡Yo soy, dulce María,  
quien no se reconoce... al conocerte á tí!

## HISTORIA INVEROSÍMIL

Leves los años pasarán, Marquesa...—  
¡Vaya si pasarán!... ¡Pasaron tantos!—  
¡Fría ceniza, pálida pavesa,  
pronto serán del alma los encantos:  
las alegrías, llantos;  
los palacios, ruínas;  
fétido polvo los soberbios reyes;  
momias las madres, tías las sobrinas,  
y licenciados los que estudian Leyes!—

Tal es, Marquesa, de la triste vida  
la suerte universal... Tal es, Marquesa,  
la vida del amor..., y convencida  
vas á quedar de que tu suerte es esa.

Para tamaña empresa  
no he menester históricas verdades,  
ni mayor ó menor filosofía...:—  
que, en asuntos de amor y de poesía,  
se prueba mucho más con falsedades.—

Con falsedades probaré la nada  
de todo humano afecto; y un apólogo

te dirá, inocentísima coqueta,  
que Dios es Dios, Mahoma su profeta,  
y el amor humo vano...—Fin del prólogo.

Amaba una laguna  
á la inocente luna:  
el astro aparecía,  
y el agua sonreía;  
y la luz y la onda se besaban;  
y la onda en la luz se embebecía,  
y unidas á la orilla caminaban.

Al despuntar la aurora  
se iba la luna, y el amante lago,  
gimiendo hora tras hora,  
alzaba al cielo su sollozo vago,  
ó, ronco y turbulento,  
lanzaba gritos de dolor al viento.—

En coloquios de amor, plácidamente,  
pasó el cuarto *creciente*,  
ó la *luna de miel*, que alguien diría;  
pero llegó el *menguante*,  
y la luna inconstante...

(perdona si la ofendo, prenda mía)  
rayaba en el Oriente,  
cada vez más hermosa y transparente...  
¡ay, sí; pero más tarde cada día!

Y era que la *paloma del misterio*  
(como dijera en tiempo de mis tíos  
algún poeta melencólico y serio)  
se había aficionado á otro hemisferio  
rico en lagunas, abundante en ríos.  
Y allí, jugueteando,

sus luces en mil aguas repartía.  
 lisonjeros cristales contemplando,  
 y á veces perezosa se dormía  
 de arroyo adulador al eco blando...  
 —*Et c'est pour ça* que el argentado coche  
 de la mudable ninfa,  
 llegaba al margen de la inquieta linfa  
 más tarde cada noche.

Crüel he sido acaso,  
 crüel y hasta indiscreto  
 (dicho sea de paso),  
 de una deidad contándote el secreto...  
 Pero sabe que yo y la blanca luna  
 (*la blanca luna y yo* fuera más culto)  
 tenemos muchas cuentas atrasadas,  
 pues su luz apacible y amorosa  
 me ha jugado también *malas pasadas*,  
 como suele decirse... hablando en prosa.  
 ¡Tiernas memorias y rencor oculto  
 despiertan en mi pecho sus miradas,  
 y el recuerdo insepulto  
 evocan de venturas malogradas!—

¡La luna! ¡Cuántas veces mi deseo  
 aduló lisonjera,  
 fingiendo al alma en dulce devaneo  
 dichas que huyeron cual fugaz quimera!  
 ¡Oh! ¡Cuántas, cuántas alumbró tranquila  
 mi plácida ilusión, rielando ardiente  
 de una mujer amante en la pupila,  
 y después, con qué muda indiferencia  
 alumbró su callada sepultura,  
 dejándome á la luna de Valencia!—

(Hermosa, ten paciencia  
 si, por hablar de mí, dejé mi historia;  
 pero mi pobre y destemplada lira  
 tan pronto toca á muerto como á gloria;  
 ora ríe, ora canta, ora suspira;  
 y, como digo en la dedicatoria,  
 suspiro, risa y canto son mentira.)—

Conque vuelvo á mi cuento.—  
 El astro macilento  
 aún acudía á sus amantes citas;  
 ¡ay!; pero cada noche eran más tarde,  
 y, por tanto, más cortas sus visitas.—  
 (¡Aprended, señoritas!)—

Ya el sombrío oleaje  
 no alcanzaban sus cándidos reflejos:  
 sólo la fimbria de nevado encaje  
 de su púdica veste  
 veíase á lo lejos  
 en el confín de la región celeste.—

¡Ay, soñados amores!  
 ¡Ay, cuitada laguna!  
 —Así, flotando en duda y esperanza,  
 pasó una noche y otra: llegó una  
 en que no vió brillar en lontananza  
 la pura faz de la menguada luna,  
 y, en noche oscura, lóbregas las olas,  
 velaron tristes, con su pena á solas.—

«*Nadie muere de amores...*»  
 (dicen de nuestro siglo los doctores).  
 Mas, cuando bien se quiere,

muere el alma de amor,—ó el amor muere;—  
¡y debe ser incómodo, por cierto,  
llevar siempre en el alma un amor muerto!—

---

El tiempo (ave sin nombre,  
Que huye espantada al respirar el hombre...  
—tal diría un cantor grandilocuente—),  
con su presencia impía,  
hizo llorar tres veces á la aurora...  
(¡oh pájaro inclementel),  
y otras tres apagó la luz del día.

Era esa dulce, bendecida hora,  
que presagia el ocaso de la vida,  
en que muere la flor, el cielo llora,  
y se queja la selva estremecida...:  
la hora de los recuerdos inmortales,  
de los vagos anhelos infinitos,  
en que se alzan, cual ecos funerales,  
de las ruinas del alma extraños gritos...

Era la tarde, en fin.—La luna nueva  
brilló en el cielo, y los amantes ojos  
dirigió á la laguna;  
mas sólo un valle de aridez y abrojos  
encontró en su lugar la nueva luna...—

¡El lago abandonado,  
á fuerza de llorar..., se había secado!

---

## UNA FLOR MENOS

---

Á la orilla de plácido arroyuelo,  
que en sus cristales nítidos retrata  
el verde margen y el tranquilo cielo...  
—lengua armoniosa de fulgente plata,  
que siempre está contando sin recelo  
de aquella soledad la vida grata,—  
cierta noche clarísima y serena  
brotó una melancólica azucena.

---

Esto pasó en *Abril*.—El sol de *Mayo*  
miróla ya, formada y entreabierta,  
beber ansiosa el matutino rayo,  
cual alma joven que al amor despierta...  
Y ya las brisas, con falaz desmayo,  
de su fragancia virgen, leve, incierta,  
los primeros efluvios le robaban...,  
¡que con frías lisonjas le pagaban!

---

En *Junio*, la magnífica azucena,  
sultana favorita entre las flores,  
gala y encanto de la orilla amena,  
hechizo de los céfiros traidores,

ya prodigaba, de ufanía llena,  
al aire... sus balsámicos olores,  
su candidez... al sol, su risa... al cielo,  
y su imagen... al lúbrico arroyuelo.

Y, en pago, la besaba el sol ardiente;  
suspirando halagábala la brisa;  
requiebros le decía la corriente  
que á sus pies deslizábase sumisa;  
las aves la cantaban tiernamente,  
y aplacábase el cielo en su sonrisa...:  
mas la luna (tal vez por experiencia)  
velaba sin sosiego su inocencia.

Una tarde de *Julio*, en que su velo  
el crepúsculo al cabo recogía,  
sin que por ello levantase el vuelo  
el aura que en los árboles dormía;  
al extinguirse en el confín del cielo  
la postrimera claridad del día,  
dobló la flor su frente nacarada,  
pensando... ¿en qué?—Seguramente en nada.—

Y no porque era flor:—que una doncella  
tampoco suele meditar gran cosa  
cuando está enamorada y es muy bella.—  
Dobló, pues, la cerviz la flor hermosa,  
y durmió, ó no durmió... ¡Sábelo ella!  
Yo diré que yacía silenciosa,  
cuando poco después de media noche  
la despertó de su letargo... ¡un coche!—

Era el carro de plata de la luna;  
la cual aparecía por Oriente,  
como hermosa duquesa que á la una  
regresa del teatro muellemente.  
—Un trovador (acaso sin fortuna)  
alzó en esto su cántico doliente...—  
¡Era aquel ruiseñor que siempre canta  
cuando la tarda luna se levanta!—

¡Noche temible!—Suspiraba el viento...;  
hablaba el cielo amor...; besos de llama  
se enviaban allá en el firmamento  
las remotas estrellas...; no había rama,  
ni flor, ni ser, ni piedra, ni elemento,  
madriguera, cubil, nido ni cama,  
que amor..., eterno amor no respirase,  
amando cada cual según su clase.

¡Cómo temblaba la azucena pura!  
Su lánguida cabeza reclinaba  
sobre otra flor de espléndida blancura...;  
el aura leve apenas les tocaba...:  
la luna, deteniéndose en la altura,  
besos de claridad les enviaba,  
y el ruiseñor trinando les decía:  
«¡Amad..., amad..., que aún falta mucho al día!»—

¡Noche estrellada! ¡benedicida hora!  
¡lágrimas que envidioso el firmamento  
sobre esas flores que se abrazan llora!  
¡exhalaciones que cruzáis el viento!  
¡espíritus que el céfiro atesora!  
¡calor, perfume, plática ó aliento

que de esas azucenas se desprende!...  
¡misterios de su amor!... ¿quién os comprende?—

Al otro día... ¡Agosto principiaba!—  
Amaneció... Y el sol (que de las flores  
á castigar los vicios empezaba,  
fulminando sus rayos destructores  
sobre las *femeninas* que encontraba  
faltas de sueño y pálidas de amores)  
vió mustia y ojerosa á la azucena,  
y de un flechazo la tendió en la arena.—

¡Miserable flor! ¡Cuán breve fué su historia!  
—¡Y cuán pronto olvidada!—¡Ni la luna,  
ni el sol, ni el viento, guardan su memoria!...—  
Pero, en verdad, razón no encuentro alguna  
para que guarden tan común historia...  
Si ayer murió una flor, ó más de una,  
hoy los prados de flores están llenos...—  
¿Qué importa una flor más ó una flor menos?

Que fué muy bella..., porque Dios la hizo...—  
¡Gloria es esa de Dios, pero no de ella!—  
Que amó, y que alguno le robó su hechizo...—  
¡Esto es frecuente en la que nace bella!—  
Que el sol, furioso, entonces la deshizo...—  
¡Muera así toda impúdica doncella!—  
Que el *otro* está por *otra* moribundo...—  
Y que haya un *caso* más, ¿qué importa al mundo?

## EL CUERPO Y EL ALMA

IMITACIÓN DE CIERTOS POEMISTAS AL USO

### I

Amaba un Capitán de Cazadores  
á la incurable tísica Dolores:  
él parecía un San Cristóbal, y ella  
una Virgen de *Giotto*, flaca y bella.

Llegado había y transcurrido el plazo  
en que unirlos debiera santo lazo;  
y, en vez de ir al altar, iba la hermosa,  
con su madre y su novio, á Panticosa.

¡Desdichada! Las veinte primaveras,  
no con alegres rosas hechiceras  
retratada el Amor en sus mejillas,  
mas con lúgubres rosas amarillas.

La descarnada tabla de su pecho,  
como la tapa de ataúd estrecho,  
su ardiente corazón ya comprimía...;  
¡y aún soñaba la joven! ¡aún reía!

La madre y el amante, ¡oh cuadro horrendo!,  
del porvenir le hablaban sonriendo;  
y ella, ignorante de que estaba muerta,  
tomaba la ficción por dicha cierta:

## II

Como fúnebre carro, ya de España  
ganaba el coche la postrer montaña,  
y á lo lejos se vía, entre la nieve,  
de Panticosa el horizonte breve.

El recio Capitán de Cazadores  
clavó entonces sus ojos en Dolores;  
y los dos se miraron de tal suerte,  
que el Amor hizo escarnio de la Muerte....—

Aquel angosto y frígido paraje,  
término no era sólo de un viaje...  
¡También pudiera serlo de una vida,  
ó del amor la tierra prometida!

¡Allí estaba el Hotel de cien ventanas  
en que vivir pensaban tres semanas!...  
¡melancólico Hotel, inútil puerto,  
en donde tantos náufragos han muerto!

¡Allí estaba el Hotel, en que á otro día  
*la del número quince* moriría!...  
—¡Ay, triste Capitán de Cazadores,  
no tomes ese número á Dolores!

## III

Se lo tomó...—Y allí, como perfume  
que en devorantes ascuas se consume,  
ó como flor tronchada por el viento,  
Dolores exhaló su último aliento.

‘Murió, sí;—y, al morir, la desgraciada  
bendijo de su amante la mirada...  
¡la funesta mirada del camino!...  
y envidió de otras hembras el destino...—

¡Así acabó, sin principiar, la historia  
de una posible madre, que esté en gloria!  
¡Así tuvieron que enterrar con palma  
un cuerpo que no pudo con su alma!—

¡Qué diferencia entre esta pobre tísica  
y el amplio alarde de opulencia física  
de aquellas mocetonas de alquiler  
que vienen á *criar* de Santander!

## UN MORISCO DE AHORA

---

Insomne y soñoliento; con bufanda  
(recuerdo del turbante) en el estío;  
ajeno su magnánimo desvío  
del siglo á la ruidosa propaganda;

adversario pasivo del que manda,  
y absoluto señor de su albedrío;  
Sultán, en fin, sin éxtasis ni hastío,  
de las mozelas con que á vueltas anda...

Tal, en Madrid, el último almohade  
pasa por el rosario de la vida  
horas indiferentes grano á grano...—

¿Qué quiere?—Nada quiere. Sólo añade  
tinieblas á una crónica perdida,  
oculto bajo un nombre castellano.

---

## VASALLAJE

---

En el callado abismo de tus oscuros ojos,  
en el fatal misterio de tu serena tez,  
en la sonrisa triste que cela tus antojos,  
y en esa que te envuelve, como un velo de enojos,  
sombria cabellera, más negra que la pez,

en tan augustos signos y egregios caracteres,  
no bien pasé á tu lado, tu alcurnia conocí;  
y, aunque en Madrid *marquesa* de los cristianos eres,  
por reina de las turcas y arábigas mujeres  
te proclamé, diciendo:—*Quaddach ma chuf-tek chi* <sup>1</sup>.—

¡Bendiga Allah, señora, tus íntimos secretos!—  
Yo soy un noble moro debajo de este frac;  
y, á fuer de moro y noble, te ofrezco mis respetos;  
pues tú, como otras gentes de que ambos somos nietos,—  
aunque mujer, hoy reinas por el favor de Allah.—

Quien diga que profesas la fe de Jesucristo;  
quien dude de que guardas las llaves de Stambul;  
quien niegue tu linaje, de moro y turco mixto;  
jaquese desgraciado sin duda que no ha visto  
brillar tus negros ojos detrás de un velo azul!

<sup>1</sup> ¡Cuánto tiempo he pasado sin verte!

Aquese no ha seguido tu imagen hechicera  
 las tardes de verano, como la siigo yo,  
 cuando, encogida y muda, cual lánguida pantera,  
 dormitas en el fondo de asiática litera...  
 que hoy llaman estos perros cristianos *in laudi*.

Aquese no ha entrevisto la gloria musulmana;  
 aquese no codicia los besos de una hurí,  
 ni, vuelto hacia el Oriente, rezó por la mañana,  
 y alzó luego su tienda, y en larga caravana  
 cruzó el ancho desierto soñando siempre en ti.

¡Soñando en el abismo de tus oscuros ojos!

¡Soñando en el misterio de tu serena tez!

¡Soñando en la sonrisa que cela tus antojos,

y en esa que te envuelve, como un velo de enojos,  
 sombría cabellera más negra que la pez!

## EL CIGARRO

(A D. ÁNGEL MARÍA SANCÓN)

¡Lo tabaco en un papel; agarrto  
 lumbré, y lo enciendo; arde, y á medida  
 que arde, muere; muere, y en seguida  
 tiro la punta, bártrenla, y... al carro!

Un alma envuelve Dios en frágil barro,  
 y la enciende en la lumbré de la vida;  
 chupa el tiempo, y resulta en la partida  
 un cadáver.—El hombre es un cigarro.

La ceniza que cae, es su ventura;  
 el humo que se eleva, su esperanza;  
 lo que arderá después... su loco anhelo.

¡Cigarro tras cigarro el tiempo apura;  
 colilla tras colilla al hoyo lanza;  
 pero el aroma... piérdese en el cielo!

## CARTA

AL SE. D. GREGORIO CRUZADA VILLAAMIL

No á la orilla del agua (pues sospecho  
que este el origen fué de las tercianas),  
¡oh caro Villaamil, mi carta fecho,—

aunque sé que las Musas castellanas  
despachan el correo comúnmente  
á la margen de un río... (¡y no son ranas!).

Féchola, sí, á catorce del corriente,  
en la *Vega de Pas*... (y no en la vega,  
sino en mi casa, de la vega enfrente).

—Lánguido el Pas las hortalizas riega  
que cultiva, y se come á dos carrillos,  
la famosa en Madrid hembra pasiega.

Viérasla aquí, entre chotos y novillos,  
arar, sembrar, coger..., ¡siempre á la espalda  
el cuévano cargado de chiquillos!...;

CARTA AL SE. D. GREGORIO CRUZADA

167

ó bailando en los campos de esmeralda,  
los domingos y fiestas la hallarías,  
con las trenzas más largas que la falda,

recios los huesos, las miradas frías  
y rebosando del corpiño el pecho,  
rica promesa de robustas crías...—

Mas, ¡oh cálculo vill..., sólo provecho  
buscando en el amor, franco de porte  
abren á estos gagnápiros el lecho;

¡y, sin que el hijo luego les importe,  
anuncian *leche fresca* en el DIARIO  
á las bellas *madrastras* de la Corte!

—Pero ¡adónde mi humor atrabiliario  
me lleva ya?...—Perdona, amigo mío,  
las digresiones de mi estilo vario...

Te hablaba de estos campos y este río,  
do, de rocas y selvas sombreado,  
eterna primavera es el estío.

Flores esmaltan el verdor del prado,  
que el rudo monte con su planta oprime;  
mécese el aire puro y regalado...

y allá, á la tarde, cuando todo gime,  
los pájaros, el agua, el bosque, el viento,  
alzan á Dios un cántico sublime.

Entonces ¡ay! su rayo macilento  
manda á la tierra, donde triste moras,  
la luna desde el alto firmamento...

¡Si amor sentiste ó desengaños lloras,  
probado habrás la religiosa pena  
que acude al alma en tan solemnes horas!

Aquella luz fantástica y serena  
reflejo es de la dicha malograda  
que el corazón con sus memorias llena...—

Pero poco te importan, y á mí nada,  
mi antigua fe ni la beldad que lloro...—  
Conque hablemos un poco de Granada.

—Verte me finjo del Imperio moro  
la historia descifrar, que sus rúinas  
guardan en letras de carmín y oro...

¡Aún, de Alepo y Damasco peregrinas,  
llegan las bendiciones del Profeta  
en las alas de fieles golondrinas!...

¡Aún oirás, en tus sueños de poeta,  
de Boabdil el patético suspiro  
resonar en la cumbre del Veleta!

Silencioso y extático te miro  
frente á esa sierra en que rodó mi cuna...,  
íde mi paterno hogar santo retiro!...

Ahí, contemplando la ciudad moruna,  
mientras yo busco aquí la luna entera,  
buscando estarás tu la *Media Luna*...—

Que así los dos de nuestra edad primera  
la fe empleamos y el afán de gloria  
en perseguir quimera tras quimera...

Y así, en los brazos de la madre Historia,  
ó de la tierra en el regazo amante,  
sin esperanza tú, yo sin memoria,

solos y ajenos al presente instante,  
corremos lo futuro y lo pasado,  
tú mirando hacia atrás, yo hacia adelante.

—¡Ah!... ¿Por qué? ¿Ni á la Patria ni al Estado  
(que sinónimos fueron algún día)  
falta hace un hijo, un mártir, un soldado?

Méjico, Gibraltar, la raza impía  
que, afrentando la sombra de Cisneros,  
con júbilo cruel nos desafia,

¿será que siempre nos aguardan fieros  
sin que salten ¡oh Dios! á la venganza  
trémulos de la vaina los aceros?—

¡Creyendo voy que sí..., y aun se me alcanza  
que hacemos como sabios, pues vivimos,  
yo sin memoria, tú sin esperanza!—

También nosotros nuestro tiempo hubimos  
de falaz ilusión... (¿quién dijo miedo?),  
¡y acaso el mundo estremecer quisimos!

¡Con qué afición y militar denuedo  
el manejo aprendimos y los trances  
de las viejas espadas de Toledo!

¡Cuántos soñados y posibles lances!  
¡Cuántos héroes trocados en *molinos*!  
¡Qué ocasión de epopeyas y romances!

—Pasaron ¡ay! los sueños peregrinos  
de tan noble ambición..., y halló la mente  
de otra ambición los cálculos mezquinos.

¿Qué mucho, pues, que, en ocio indiferente,  
los que nacimos ó temprano ó tarde  
seamos extraños á la edad presente?

—¡Extraños, sí! Ya el fuego aquel no arde  
que arrojó al Español á altas empresas:  
flaco yace el León, viejo y cobarde;

y ni ruegos, ni golpes, ni promesas  
harán que brote la extinguida llama  
del perdido entusiasmo en las pavesas.—

¡Oh! ¡Quién nos diera de la antigua fama  
digno un lugar, en que la estéril vida  
rendir en feudo á *Patria, Dios y Dama!*

¡Quién el desierto de la edad perdida  
poblar pudiera de esforzados hechos,  
dignos de un alma á batallar nacida!...

La fe, el honor, la patria, los derechos  
del débil contra el pérfido tirano,  
siempre animaron juveniles pechos...

¡Oh..., sí!... La cruz del Héroe valenciano,  
ó de JAVIER el báculo bendito,  
empuñar: al hidalgo lusitano

seguir, cuando en el piélago infinito  
demarcaba del África el lindero;  
ó, respondiendo al angustioso grito

de Italia ó de Polonia, allí, el primero,  
pelear y morir..., ¡propio sería  
de un español cristiano y caballero!...

¡Y, si esto no es de moda ya en el día,  
fuérame igual, para llenar el hueco  
de mi existencia pálida y vacía,

dejar el mar Mediterráneo seco,  
ó subirme á las barbas del dios Marte  
por el cañón de un telescopio sueco!...

Pero ¡inútil afán! ¡Aun para alzarle  
de nuestro siglo á la altitud mezquina,  
debes ir con la música á otra parte!

Vuelve los ojos: la muralla china  
rompiendo están los héroes de Crimea:  
en África el Francés entra y domina:

sangre de los cristianos, que aun humea,  
ya lavó con la suya el Agareno,  
tras inútil y bárbara pelea <sup>1</sup>:

los rudos Andes, que corona el trueno,  
paso presto darán á los rivales  
mares sin fin citados en su seno:

de Asia y Libia los lazos perennales  
rotos antes serán, que ya impaciente  
gime la nave opresa entre arenales...:

y hoy..., salvando del mar la voz rugiente...,  
bajo sus olas mil..., ¡el grito humano  
pasa del uno al otro Continente!—

¡Vencido está el indómito Oceano!  
¡La vela y el vapor su frente hirieron:  
su corazón el fuego soberano!

—Entretanto, Cruzada, los que vieron  
virgen aparecer ante su vista  
aquel mundo que imbéciles perdieron,

<sup>1</sup> A la sazón castigaba Francia las agresiones de los islamitas contra los cristianos del Líbano.

no aspiran á más gloria ni conquista  
que saber (la cuestión es de importancia)  
¡si el Conde <sup>1</sup> es moderado ó progresista!

Y no habrá ni negocio, ni ganancia,  
ni honor, ni dicha, que urja como eso:  
¡que se hunda el mundo, que nos coma Francia,

los debates del próximo Congreso  
serán... sobre qué dió más gusto á Roma,  
si esa *Moderación* ó ese *Progreso*!

—¡Oh fe del alma, mística paloma,  
que en torno de la mente del poeta  
nubes agitas de impalpable aroma!...

¿qué restará de ti cuando te meta  
(pues todos á la postre nos cansamos)  
en tu jaula á ganar una peseta?—

¡Famoso porvenir! ¡Los que abrigamos  
tan altiva ambición, al fin vendremos  
siervos á ser de semejantes amos!...—

¡Deliremos, Gregorio, deliremos,  
emigrando á la Historia, ó en el arte  
dando á nuestra pasión goces supremos!...—

¡Tú en Granada feliz! Ahí su estandarte  
clavó la ilustre Reina de Castilla,  
del moro en el hundido baluarte....

<sup>1</sup> O'Donnell, Conde de Lucena.

Ahí verás la primera maravilla  
de la rica oriental arquitectura...  
Ahí verás..., ahí verás... (*Véase ZORRILLA.*)

—Las de ojos negros y gentil cintura  
te recomiendo yo, pálidas diosas...  
(transposición se llama esta figura):

¡hijas del cielo, del Profeta esposas,  
aman desde el nacer á quien las mira,  
como desde el nacer huelen las rosas!

Poesía es el amor (mas no mentira)  
en ese viejo Edén, donde aún no es raro  
antes del Sacramento ver la *Egira*;

donde puedes pasar la noche en claro,  
recibiendo de un labio balbuciente  
dulces promesas en tu labio avaro,

y donde nace la española ardiente  
que vió á sus plantas la imperial corona,  
¡ó á la que vence al vencedor de Oriente!

—¡Ah! Goza, triunfa, de galán blasona,  
admira, estudia, alégrate, y olvida  
la política vil en esa zona;

mientras que yo, cansado de la vida,  
consumido de tedio y de pereza,  
yazgo, como Reinaldo en los de Armida,  
en brazos de mi fiel Naturaleza.

Septiembre de 1858.

## ¿LLORAMOS Ó REIMOS?

(LEÍDA EN EL LICEO DE GRANADA)

No quiera el Cielo,—ilustre bisabuelo  
de las célebres hijas de Granada  
(las cuales son, si no del todo hielo,  
nietas de la gentil Sierra-Nevada),—  
que de mi alma el importuno duelo  
figure en este cántico por nada...—  
¿Para qué? ¡Ya el dolor no está de moda,  
y llora cada cual su pena toda!

Antaño, las beldades granadinas  
se bañaban en llanto de poetas,  
y lágrimas de amor (¡oh perlas finas!)  
derramaban tal vez las más discretas.—  
¡Hoy han sonado aquí trovas divinas,  
tiernos suspiros de ánimas inquietas,  
y no os he visto al genio dar consuelos,  
ni aun siquiera alargarle los pañuelos!

Por la inversa; al oírle sus dolores  
ha poco relatar llorando á mares,  
¡señoras!, en sus mismos sinsabores

hais hallado el mejor quitapesares.  
Cuanto penaban más los trovadores,  
más placer os causaban sus cantares;  
de donde yo colijo, ¡oh suerte negra!,  
que dudáis de su mal, ó que os alegra.—

Amar, llorar, cantar...; ¡verbos augustos!  
¡sublimes afecciones abolidas!—  
La nueva sociedad tiene otros gustos...  
—¡Así también tuviera un salvavidas!—  
Mas no lo tiene; y vemos, entre sustos,  
que hay ya menos poetas que suicidas,  
y que al triste que cae bajo la rueda,  
todos le dicen: ¡Sálvese el que pueda!

¡Amar, llorar, cantar!—Decid: ¿no es cierto  
que estos verbos son ya tan de mal tono,  
que nadie los conjuga en el desierto  
del siglo del Señor décimonono?—  
¿Será verdad que la poesía ha muerto?—  
¡Dios la perdone!—¡Yo no la perdono!...  
Yo hago más: yo la abrazo y la bendigo,  
me declaro su cómplice, y la sigo.

La sigo hasta el cadalso ó el destierro;  
parto su proscripción; sufro su insulto:  
si presa está, en mi corazón la encierro;  
si está muerta, en mi alma la sepulto.—  
Mas no temáis que aquí cometa el yerro  
de tributar á esa infelice culto...  
¡He dicho que el dolor no está de moda,  
y guardo para mí mi pena toda!—

Pero, ya que no llore los reveses  
de las ínclitas Letras sin fortuna,  
tolerad que con fórmulas corteses  
salude esta poética tribuna,  
donde hace ya diez años y unos meses  
tuvo mi vida literaria cuna,  
y donde, como dicen los Autores,  
«¡mis primeros canté dulces amores!»—

Fueron muchas mañanas como ésta...—  
¡Oh juventud hermosa!...—¡Conmovido  
pulsaba yo mi cítara modesta,  
y el aplauso primer sonó en mi oído!—  
¿Dónde están ya las reinas de la fiesta?  
¿Dónde tanto cantor enardecido?—  
Algunos me oyen en silencio mudo...  
Á los muertos y ausentes... los saludo!

Aquí de *Andreu* dominó el consejo:  
*Moreno Nieto* habló: su triste canto  
alzó *Soler*: con singular gracejo  
leyó *Palacio*: del concurso encanto  
fué el docto *Ivón*, y de la historia espejo  
*González*, el poeta de Lepanto;  
y lucieron *Bedmar*, *Paso* y *García*,  
y *Salvador*,—que trova todavía.

Aquí, desde esta cátedra, á las puertas  
de la gloria mortal llamé confuso;  
aquí me oyeron diosas inexpertas,  
que luego se casaron, como es uso;  
aquí me oyeron *vivas* que hoy son *muertas*.  
feas cuyo rostro el interés compuso,

é infinidad de niñas candorosas  
que empiezan á no serlo... y á otras cosas.

Y aquí, en fin, me escuchaba yo á mí mismo;  
yo, que mi voz ya extraño si la escucho;  
yo, que del tiempo en el profundo abismo,  
para escapar con alma, dejé mucho;  
yo, que, sin realizar el idealismo  
de mi ambición de gloria, lucho y lucho...  
mientras mis camaradas de la infancia  
son ya... ¡hasta Jueces de primera instancia!

.....

Concluyo.—¡No murió la poesía;  
como no muere Dios cuando le niegan!  
¡Aún hay almas sedientas de armonía  
que al sentimiento plácidas se entregan!...  
Verdad es que, por culto á la ironía,  
su semblante las lágrimas no riegan...—  
Mas ¡quién sabe si el mismo que así escribe,  
dentro del corazón tendrá un aljibe?

GRANADA, 28 de Mayo de 1864.

## EN EL ÁLBUM DE CONSUELO

Sé que ya tienes la edad  
que previene el reglamento:  
sé que te adornan talento,  
gracia, inocencia y bondad:  
sé que eres una beldad;  
que son tus ojos de cielo;  
que es como el oro tu pelo,  
y tu faz de rosicler...—  
¡Sólo me falta saber  
por qué te llaman *Consuelo!*

## SEGUIDILLA MANCHEGA

PARA GUITARRA

---

Ayer te he visto en cuerpo:  
¡qué cuerpo tienes!  
Ayer te vi en el baile...  
¡cómo te mueves!—  
¡Es una burla  
que haya en cuerpo tan pícaro  
alma tan pura!

---

## DE LA MANO Á LA BOCA

---

¡Lloras! ¡Callas! ¡Tu mano  
tiembla en las mías!...—  
¡Qué pura y que suave!...  
¡Dios la bendiga!  
¡Déjame, hermosa,  
que esta mano de nácar  
lleve á mi boca!—

---

¡Oh, qué tierna! ¡Qué rica!...  
¡Parece raso!—  
¡Qué serán tus mejillas,  
si así es tu mano?  
¡Serán dos rosas!...—  
¡Dos rosas son!...—¡Dios mío!  
Pues ¿y tu boca?...—

---

Pero ¿por qué me huyes?...—  
¡Ahora te alejas,  
cuando ardiendo en tus labios  
mi alma te llevas!...—  
¡Traidora! ¡Ingrata!  
¡Devuélveme mi beso!  
¡Dame mi alma!

---

## PROFECÍA

---

«Los bellos días de Aranjuez pasaron.»  
(SCHILLER.)

Noches vendrán cuya quietud grandiosa  
no turbaremos ya... ¡Noches de olvido!  
Sólo la blanca luna silenciosa  
sabrás lo que yo siento y tú has sentido.  
Y, al ver mi nombre en funeraria losa,  
y en otra ¡ay, Dios! tu nombre fementido,  
nadie sospechará que *aquel finado*  
vivió de *aquella muerta* enamorado.

---

Pero la luna, al reflejar su rayo  
de nuestras tumbas en el mármol frío,  
las tardes ¡ay! recordará de Mayo  
en que tu nombre, unido con el mío,  
extendieron con plácido desmayo  
las brisas por las márgenes de un río...  
Y la luna dirá:—«Jóvenes fueron:  
»él la amó demasiado..., y se murieron.»

## NUEVOS DATOS

PARÁ LA HISTORIA DE UNOS AMORES CÉLEBRES

---

Lucía era tiple,  
y Edgardo tenor:  
lo cual ignoraba  
Sir Walter Scott.

---

## AL VOLVER UNA ESQUINA

---

DRAMA EN UN ACTO

—¿Tienes el alma, niña,  
como la cara?  
—Yo, señor caballero,  
no tengo alma.

*(La Policía interrumpe el diálogo.)*

---

## AMOR ETERNO

---

¡Carta tuya!...—¡Oh bondad!—¡Y en ella leo  
que *te acuerdas de mí!*...—¡Pues ya lo creo!  
¿Cómo olvidar al que te quiso bien,  
y siempre dijo *Amén* á tu deseo,  
y luego á tus perjurios dijo *Amén?*—

---

Dices que *me amas menos*, vida mfa...—  
¿Lo ves? ¡El tiempo calma las pasiones!—  
En cambio..., sigue *el mismo* todavía  
aquel mi amor sin celos ni ilusiones,  
que tan *glacial* ayer te parecía.—

---

No me lo dices tú; pero me han dicho  
que tienes otro *amor*...—Seré sincero:  
¡no eres de eso capaz!—Por lo que infiero  
que tu *segundo amor* será un capricho...  
que pasará, como pasó el *primero*.

---

Y un estúpido déspota sería  
 quien te impusiese el título de esposa,  
 por vincular tu voluntad un día...—  
 ¡Los que te quieran ver siempre dichosa,  
 déjente en libertad..., como yo hacía!—

Tú eres, mi bien (aunque de poco busto),  
 demasiada mujer para un mortal;  
 y el que tratase de *fixar* tu gusto,  
 dormiría en el lecho de... Procusto,  
 ¡incómodo, á mi ver, para nupcial!

¡Por eso no te amé *cuanto pedías*,  
 ni tú me quieres ya *cuanto pensabas*;  
 y por eso repito, aunque te rías,  
 que, si mañana con *el otro* acabas,  
 en mí tienes... *al mismo* que tenías!

¡Eres tan linda!... ¡Y aunque no lo fueras!...  
 ¡Eres tan dulce, plácida y graciosa,  
 que, hagas, digas ó pienses lo que quieras,  
 nunca te faltará este amor *en prosa*...  
 que no creyó en tus lágrimas primeras!

¡Necio, pues, será el hombre que te alija  
 (á ti, tan fácil, tierna y cariñosa),  
 ó con rostro de juez cuentas te exija!...—  
 ¡Tú dar cuentas de amor! ¡Tú cuentas, hija!...—  
 ¡No pienses nunca en semejante cosa!—

Conque más no te ocurra ya quejarte  
 de mi tibieza y lentitud de ayer;  
 pues, si hubiera yo dado en adorarte...,  
 hoy, que vas con la música á otra parte,  
 me vería...—¡figúrate, mujer!

¡Lágrimas de despecho y amargura  
 celoso... miserable derramara...  
 y aún quizá te matase en mi locura!...—  
 Mientras que así..., ¡bendita sea tu cara!  
 me hace gracia tu nueva travesura.—

Adiós.—Mil besos á tu faz rosada  
 y á tus ojos de luz...—Á tu alma..., ¡nada!  
 ¡Nada á tu corazón!—Pero si ves  
 que está *el otro* delante y que se enfada...,  
 dale sólo mis besos á tus pies.

## OTRO AMANECER

---

El gallo canta..., y la mañana impía  
despierta con su luz á los humanos,  
haciéndoles trocar delirios vanos  
por el forzoso afán de un nuevo día.

Tornan, pues, á embestirles con porfía  
la ambición y el amor, fieros tiranos,  
los ímprobos trabajos cotidianos...,  
la deuda, el jefe, el tedio, la manía...

Y, en tanto, al amador desposeído,  
que en sueños compartía la almohada  
con tal ó cual mujer que hubo querido,

el implacable día lo despierta  
para hacerle mirar á su examada  
vieja, monja, casada, loca ó muerta.

---

## LA CITA SOÑADA

NOVELA EN VERSO, DEDICADA Á MI QUERIDO AMIGO

EL EXCMO. SR. D. RAMÓN CAMPOAMOR

---

El año mil y más después de Cristo.  
cruzaba cierto monte un caballero  
solo y sin servidumbre, mas provisto  
de cuanto ha menester un pasajero:  
armas, caballo, el equipaje listo,  
juventud, buen humor, mucho dinero,  
vino para la sed, y para el hambre  
queso, pan, salazón y algún fiambre.

Llegado á un chorro de agua cristalina,  
que entre adustos peñascos retozaba,  
donde la sombra de gigante encina  
fresca y verde la hierba conservaba,  
sintió el joven que el aura matutina  
la gana de almorzar le despertaba,  
y, atando allí el caballo de la rienda,  
extendió sobre el césped la merienda.

Sentado también él en aquel suelo,  
al almuerzo principio dió en seguida,  
sin más compañía que el callado cielo

y las propias memorias de su vida;  
ora bebiendo el agua como hielo  
de la pura corriente allí escondida.  
ora de la amplia bota de camino  
soberbios tragos de bermejo vino.

El sol en tanto por la azul esfera  
su indiferente marcha proseguía,  
trocando la mañana placentera  
en sofocante caluroso día.  
Á dormir convidaba la pradera,  
y el sueño al caminante acometía...  
Tendióse, pues, sobre la verde alfombra,  
y de la encina se durmió á la sombra.—

Mirémosle dormir; y mientras duerme,  
y su espíritu vuela hacia otra zona  
(dejando allí olvidado el cuerpo inerme,  
como al bridón el équite abandona),  
la Musa de que suelo yo valerme  
noticias nos dará de esta persona,  
de su carácter, condición y estado,  
y de su calidad, por de contado.—

Muy gallardo era el joven y arrogante;  
bien que su juventud ya navegaba  
de la santa niñez algo distante.  
Treinta años contaría; se llamaba  
don Luis de Peñaflo y de Escalante,  
y era Marqués de Agrón y la Alcazaba,  
huérfano, rico, militar, soltero,  
pródigo, enamorado y pendenciero.

Y, pues la Musa todo lo adivina,  
sébase, con perdón, que el tal viaje  
era en busca de Inés la campesina,  
hermosa como un sol, Venus salvaje.  
que ovejas guarda en la heredad vecina...;  
¡de Inés, que, tras indigno corretaje,  
aquella noche, al precio de vil oro,  
iba á venderle su mejor tesoro!

Entrado en tentación don Luis había  
cierta mañana que con mucha gente  
cruzaba el monte en son de cacería.  
Madre venal y astuto confidente  
ejercieron la infame tercería:  
pagado estaba el crimen previamente:  
la cita... era de Inés en la cabaña;  
la hora..., al ponerse el sol tras la montaña.

Tiempo al joven quedábale sobrado  
para dormir seis horas que quisiera,  
y llegar al paraje concertado  
antes que el sol sus rayos escondiera.  
Á pierna suelta, pues, y sin cuidado  
siguió durmiendo la mañana entera,  
del agua esquiva al pertinaz murmullo  
y de aves mil entre el amante arrullo.

Y (cosa natural en casos tales):  
en tanto que el corcel, atado á un leño,  
se aforraba de rústicos fresales,  
el alma del Marqués, firme en su empeño,  
perseguía sus propios ideales,  
á las crines asida de un ensueño,

y, al hecho anticipándose, gozaba  
la misma realidad que codiciaba.

Soñó, sí, que de Inés, puesta de hinojos,  
los pudibundos ruegos desoía,  
y que él, audaz, sonrojos á sonrojos  
con mano y labio ardientes añadía:  
que el puro llanto de hechiceros ojos  
con sed amante y sin piedad bebía,  
y tesoros de rústica inocencia  
eran rico botín de la violencia.

Que Inés, por el rubor aconsejada,  
luchó hasta el fin; pero vencer no pudo;  
pues del amor, cuando el amante agrada,  
la sencillez es cómplice, no escudo:  
y que, mal de su agrado, enamorada  
del propio afán de su enemigo rudo,  
pagábale á la postre sus excesos  
con dulces nombres y sabrosos besos.

Por cierto que, del sueño en la ventura,  
y en los deliquios á que á veces lleva,  
proclamaba don Luis que una hermoſura  
tan cabal, tan magnífica y tan nueva,  
sólo Adán, del Edén en la espesura,  
pudo gozar, al tropezar con Eva...;  
pues Inés era un cielo de delicias,  
hecho para el amor y las caricias.—

Con esto se volvió del otro lado  
y cesaron un punto sus gemidos,  
quedando como muerto ó desmayado,

el pulso y la color desfallecidos.  
Pero, en el golfo de mayor cuidado  
ya zozobrantes ánimo y sentidos,  
gritos de horror y espanto lanzó al viento,  
que no amorosos ayes de contento.

Soñaba entonces que de Inés la afrenta  
el cielo pregonó dándole un hijo,  
y que el padre de Inés pidió á Inés cuenta,  
é Inés el nombre del Marqués le dijo.  
Y que el viejo, en su cólera violenta,  
cien veces al Marqués y á Inés maldijo,  
y que, al morir de pena, en la agonía  
aquellas maldiciones repetía!

También soñó que Inés, llevando en brazos  
á un infante que de él la imagen era,  
rogábale por Dios que en santos lazos  
los lazos naturales convirtiera:  
y que él de su castillo á latigazos  
los expulsó á los dos como una fiera,  
y ella, feroz también con tal ejemplo,  
al niño expuso en el compás de un templo.

Y que el niño era hombre, y, ¡caso extraño!,  
siempre el Marqués al lejos lo veía,  
sin poder advertirle ningún daño,  
ni salvarlo en los riesgos que corría...  
Pues dado al juego, al robo y al engaño  
el mancebo salió; por lo que un día  
subió al cadalso y á la plebe dijo:  
*¡Maldito el padre que abandona á un hijo!*